



La linterna de un superviviente

La Maglite es capaz de emitir un resplandor reconocible a decenas de metros.

La linterna cilíndrica de Minor Vidal, negra, como un elegante Cadillac, luce boca abajo en el escritorio de Marco Alberto Montellano, frente a dos libros de tapa blanda con los bordes desgastados: *El concepto de ficción*, de Juan José Saer, y *Confesiones de un lector*, de Onetti. Está ahí como un trofeo, con el cristal agrietado y algunos rasponazos.

El martes 6 de septiembre de 2011, un día de sol, Minor Vidal, 1,70 de estatura, vendedor de medicamentos, se convirtió en un superviviente. Aquella jornada, el avión en el que viajaba, un Fairchild de la empresa Aerocon, desapareció del mapa minutos antes de la hora prevista para el aterrizaje. Había despegado de la ciudad de Santa Cruz con siete pasajeros y dos tripulantes y se estrelló a las 18:55. Minor, el único que no se desangró —fue un milagro que el aparato no se desintegrara—, deambuló después como un naúgrafo en una isla desierta por las selvas del Oriente boliviano 60 horas malditas. Cuando lo rescataron, tenía en una de sus manos una botellita plástica donde había almacenado su propio orín para calmar la sed mientras trataba de encontrar un poco de agua. En la otra, dicen, llevaba una linterna: una Maglite estadounidense hecha en California —según los fabricantes, la más segura del mundo— que recuperó entre el fuselaje de la nave antes de partir desorientado, en busca de ayuda, a través de una

vegetación espesa, que parecía el escenario perfecto para hallar una civilización perdida.

Por aquel entonces, Marco Alberto era asesor civil del Ministerio de Defensa y rastreaba el lugar en helicóptero junto a varios militares que conocían bien la zona. “Minor contaría después que él nos escuchó durante el rastillaje aéreo. Pero nosotros nunca llegamos a verlo —rememora Montellano ahora, frente a una mesa con papeles y bolígrafos, una taza azul cobalto de café y una computadora abierta—. La que lo avistó fue una patrulla de la Naval que también formaba parte del operativo de emergencia. En cuanto nos avisaron, hicimos mandar una ambulancia y fuimos a darles encuentro. Y una vez allá, un oficial de apellido extranjero, un hombre gigante que lloraba por la emoción de aquel momento, me dio la linterna para que me la guardara como recuerdo”.

Antorcha eléctrica

Maglite produce miles de linternas cada año para cazadores, aventureros, policías y marineros; y también, para experimentados pilotos aeronáuticos que rara vez recurren a ellas. La que utilizó Vidal, con número de serie D2030534485, capaz de emitir un resplandor reconocible a decenas de metros, tiene la matrícula del Fairchild que se disolvió como un terrón de azúcar grabada en la parte superior; y pesa al menos medio kilo. “A Minor seguramente le sirvió para tranquilizarse cuando se vio solo en medio de la nada —supone Montellano—. Y como se trata de un objeto contundente imagino que pudo serle útil para partir alguna cosa. Pero no lo sé, no alcancé a charlar con él de eso”.

Encender una linterna es un acto casi reflejo que nos rescata en los apagones, que señala al enemigo en un campo de batalla y que nos abre camino cuando estamos

de acampada y nos entran ganas de ir al baño en mitad del monte. A Minor Vidal un chorro de luz le salvó la vida: las crónicas que narran su odisea cuentan que un destello preciso —y oportuno— hizo huir a un felino salvaje una de las noches que pasó herido a cielo abierto. A finales del siglo XIX, el ruso Conrad Hubert sorprendió a todos iluminando Nueva York con su última invención: la antorcha eléctrica, que se alimentaba con pilas secas. La versión moderna de aquella creación le sirvió a Minor para conciliar el sueño.

La memoria de alguien que probablemente no quiere recordar ni mirar atrás —es decir, de un sobreviviente— son sus pertenencias. Cuando dieron con él, Minor, que tenía el pantalón hecho jirones y varias costillas fracturadas, se arrodilló, agradeció a Dios y se deshizo de ellas. “Lo que más me impactó a mí fue el olor a muerto que desprendía —cuenta Marco Alberto—. Su cabeza estaba abierta y daba la sensación de que se le caería la cara en cualquier momento. Se le había podrido: tenía hasta gusanos dentro. Luego, lo acompañé hasta el hospital y no solté la linterna ni un instante porque no había dónde meterla”. Dos días después partió hacia La Paz con ella. Y aquel regreso también fue de telenovela, un *déjà vu*: casi se accidenta su avioneta de la Fuerza Aérea.

Lo primero que hizo Montellano tras llegar a casa fue sacar la ropa sucia, agarrar la linterna y mirarla con detenimiento. Luego, apretó su interruptor y entró en éxtasis al comprobar que aún funcionaba. “Jamás lo olvidaré. Para mí, aquel fue el final perfecto”.

Hoy, la Maglite coge polvo en su librero y ya no prende. Marco Alberto dice que le gustaría devolvérsela a Vidal, pero no está seguro de que vaya a hacerlo. Al fin y al cabo, una linterna inservible es como una oda a la oscuridad: una invitación a perderse.



El menaje de la abuela

“Lo que conservo forma parte de la genealogía de las mujeres de mi familia”.

Cada vez que se marcha de un país, Elena Apilánz viaja con el legado de su abuela a cuestas. Su equipaje es a menudo un batiburrillo con aroma añejo incapaz de levantar sospechas en los aeropuertos: un juego de té minimalista, tarros de cerámica para meter especias, copitas de colores para coñac, abrebotellas y demás menaje con el que podría armarse un museo de la cotidianidad en cualquier rincón del planeta. En los últimos 14 años, los objetos que hasta el 88 pertenecieron a María Amelia Castiello, su abuela muerta, recorrieron 8.258 kilómetros entre Gijón (España) y Tegucigalpa (Honduras); 6.079 entre Tegucigalpa y São Paulo capital (Brasil); 2.376 entre São Paulo y La Paz; 3.896 entre La Paz y Santo Domingo (República Dominicana); y 3.896 extra durante el vuelo de regreso a los más de 3.000 metros de altitud de los barrios y avenidas paceños.

“Cuando tengo que acomodarme en un nuevo lugar, lo único que compro son los muebles”, dice ella mientras apura un cigarrillo que termina estrujando en un cenicero sin pensarlo mucho. El mobiliario que ha adquirido Elena desde que aterrizó en Bolivia consta de mesas, sillas, estantes y libreros entre lo rústico y moderno que luego vende sin remordimientos, que le ayudan a costear el traslado de los utensilios de su abuela cuando se aburre

y decide que llegó la hora de partir hacia otro sitio. Estos últimos, en cambio, han sobrevivido al envejecimiento: son como seres fantasmales que caminan de un lado para otro y se resisten a abandonar el mundo. Y según Elena, son también los que transforman los espacios de los que se adueña “en un hogar donde sentirse a gusto”.

Algunos, sin embargo, los fue regalando por el camino. A Aleida, la persona que le ayuda con la limpieza en su departamento del edificio Da Vinci —una mole estilo Gotham City—, le entregó toallas y mantelería porque consideró que las necesitaba más que ella. Porque lo importante, dice, es que alguien siga utilizándolas. “De eso se trata”.

Ni casa, ni auto, ni hijos

Elena, que luce una melena atípica, onda gogó años 60, y un flequillo corto con forma de horquilla, dice que jamás ha tenido en propiedad nada valioso: “ni auto, ni vivienda, ni hijos”, bromea. Sus posesiones más preciadas son el Mus, un perro esponjoso y obediente que apenas ladra, y los artefactos que heredó de María Amelia. En su mayoría, enseres que pasaron de moda hace ya unas cuantas décadas: una ranita blanca con la boca abierta para botar los huesos de aceituna durante la sobremesa, un florero del año de Matusalén, una aceitera; detalles a veces diminutos que Elena trajo poco a poco en caravanas de maletas desde España; pequeñas reliquias terrenales por las que un anticuario apenas pagaría unos pesitos, pero que para Elena son como pepitas de oro. “Los vasos verdes que tengo en la cocina, por ejemplo, son los que mi abuela usaba en la calle León XIII de Gijón durante los almuerzos. Y me traen muchísimos recuerdos”.

El café que me acaba de ofrecer Elena lo ha preparado en un molinillo eléctrico con más de 30 años encima. “Que

funciona todavía como el primer día”, se ríe. Cuando tiene invitados a comer, separa el agua de la olla de la pasta hervida con un escurridor que María Amelia agitaba en otra época —seguramente, en los 70— para quitarle el almidón al arroz con el que completaba sus guisos. Y cuando duerme lo hace a veces debajo de unas finas sábanas con dos iniciales grabadas que también fueron de su abuela.

María Amelia era modista. “Pero, fíjate, vestimenta es precisamente lo que no conservo de ella”, comenta Elena. “Sus abrigos se los quedó mi madre: los hizo arreglar y se los continúa poniendo. Y las joyas también las guarda ella. Yo nunca he sido muy apegada al brillo”. Ella prefiere la bolsita de tela para el pan, el palillero, el azucarero. Aquellos artefactos que se han ido involucrando en su historia personal, que de algún modo la preservan. “Y que forman parte de la genealogía de las mujeres de mi familia”.

Según Elena, su abuela era de estatura media y solía pasar desapercibida. “Yo viví largas temporadas con ella porque enviudó relativamente pronto; y jamás tuvimos problemas de convivencia —cuenta—. Cuando murió, me acomodé en su dormitorio. Y cuando me independicé, en los 90, me hice con muchos de los útiles que ella ocupaba”, como la manopla para manipular el horno, que cuelga ahora de un gancho sobre el grifo.

Elena armó su primer ajuar casi sin gastar una peseta, que era la moneda que circulaba en su Asturias natal en aquellos días. Y desde entonces ha procurado no separarse de esa especie de memoria artificial enquistada en algunos de los bártulos que marcaron su niñez y su adolescencia. “No se trata sólo de cosas que me arropan y me acompañan. Para mí son imprescindibles porque les doy uso”. Y quizás también porque a través de ellas, cada vez que se muda a otro punto del mapa, como si fuera una rehén del tiempo, vuelve a instalarse donde siempre estuvo: en la casa de su abuela Amelia.



“¡Santos lunáticos, Batman!”

Monje calcula que su colección del hombre murciélago vale actualmente entre siete y diez mil dólares.

Cuando José Alejandro Monje prende su celular, un logo amarillo con un murciélago negro dentro ilumina la pantalla táctil. Cuando duerme, lo hace entre sábanas oscuras. Cuando se viste, trata de ponerse siempre que puede los calzones de Batman que le obsequió su madre el año pasado o las poleras con la señal alada que utilizaba Ciudad Gótica para pedir ayuda al enmascarado. Cuando habla, suele repetir las frases que las películas y las viñetas volvieron populares: “Lo que no te mata te hace más extraño” (el Guasón), “¿Por qué nos caemos, Bruce? Para aprender a levantarnos” (Thomas Wayne, padre de Bruce Wayne, identidad secreta del famoso vengador de DC Comics). Para José, Batman no es la máscara. “La máscara en realidad siempre ha sido Bruce”, señala.

“Un disfraz es una excusa para ser tú mismo”, dice el número 116 de la revista *Etiqueta Negra*. Y José Alejandro no ha dejado de disfrazarse nunca: el llavero de su auto deportivo es de Batman, sus cinturones para ajustar el pantalón son de Batman, muchas de sus gorras son de Batman. El *sticker* con el que ha personalizado la maletera de su carro es de Batman. Y los adornos que decoran su oficina también son de Batman.

“De pequeño —comenta el batmaníaco—, recuerdo que obligaba a mis padres a vestirme como él para ir al *kínder*”.

“Debió de ser una locura para ellos lavar el traje todos los días”, bromea. Hoy, José Alejandro tiene 26 años, cejas pobladas y una colección envidiable, compuesta por más de 130 figuras de su álter ego y de los villanos con los que se enfrentaba; por más de 15 vehículos bien equipados; y por un sinfín de novelas gráficas en perfecto estado que narran las aventuras del Caballero de la Noche.

“En mi escritorio, donde guardo la mayoría de mi trofeos, tengo cosas increíbles: legos, accesorios, maletines diminutos para las armas más chicas, malvados difíciles de conseguir, como Solomon Grundy o Scarface, y ediciones limitadas”, explica. Y luego calcula que ganaría “entre siete y diez mil dólares” si algún día decidiera venderlo todo.

Un coleccionista es un acumulador de objetos que para la mayor parte de los mortales son inútiles; y además, un lunático insaciable que casi nunca está contento. “Yo me muero, por ejemplo, por hacerme con el muñequito de Alfred, el mayordomo. Y, como todo fanático que se precie, quisiera tener entre mis manos su primer cómic, aunque sea simplemente para tocarlo”. La primera historieta de Batman —“El caso del sindicato químico”— se publicó en el número 27 de *Detective Comic* en mayo de 1939 y en las últimas subastas su valor ha sobrepasado el millón de euros. Según Monje, tras la Segunda Guerra Mundial, “muchos de estos ejemplares fueron donados como papel reciclado”. Y encontrar uno actualmente en buenas condiciones es casi una entelequia.

¡Sock! ¡Bong! ¡Pow!

En Brasil, el Batman Pobre es un tipo delgado con barba de pocos días que acude a las manifestaciones de protesta de Río de Janeiro con la marca del que fuera bautizado como “el mejor detective del mundo” pintada sobre el pecho y varias bolsas de basura encima que hacen las veces

de antifaz y de capa. En Eslovaquia, Batman es un hombre insatisfecho que ayuda a las ancianitas a cruzar la calle y a los vecinos a patrullar el barrio. En Bolivia, Batman es sin duda José Alejandro; y su símbolo de identificación más evidente, un tatuaje ciclópeo de mirada vigilante que luce en el hombro izquierdo.

Monje cuenta que recibió su primer Batman a los dos años y que lo perdió porque lo sacaba a todo lado. “Luego, hallé el mismo modelo en la Feria 16 de Julio de El Alto y me lo compré por partida doble”, se sonríe. Poco después de aquel primer presente que le conquistaría para siempre, se enganchó a la mítica serie de los 60 en la que Adam West encarnaba a un justiciero con panza, en la que los golpes eran sonidos garabatedos en mitad de la secuencia animada: ¡Zap!, ¡Sock!, ¡Pow!. Y desde entonces se loquea cada vez que lanzan algún nuevo juguetito vinculado a su personaje preferido.

Entre sus adquisiciones más preciadas hay un Joker con algunos rasguños en la cabeza que también extravió de niño y que recuperaría años más tarde en la baulera de su abuelo. Y además, un extraño Batman con un corte en uno de sus brazos que una exnovia amenazaba con ofrecer para pagar los estudios de los hijos que jamás tuvieron.

Su pieza más emblemática, sin embargo, no es un multimillonario de grandes pectorales con uniforme de orejas puntiagudas y botas negras, sino un Superman de calzones colorados y pecho de plástico que le regaló su hermano y que está tasado en más de 2.500 dólares. “Me lo dio para que me pasara al otro bando”. Al de los superhéroes *cool*: con superpoderes, superamigos y supermascotas. “Pero no logró convencerme —dice—. A mí lo supermaravilloso siempre me ha producido náuseas”.



El imitador de trinos

Amy abandonó su hogar en Maine a los 18 años para cambiarlo por paisajes menos agrestes y más *fashion*.

Un llamador de pájaros es una gran mentira: un imitador de trinos, una pantomima, una cápsula rústica y muy simple capaz de reproducir gorjeos casi idénticos a los que las aves utilizan para comunicarse en mitad de una arboleda. El de Amy Hesketh, una norteamericana de 35 años afincada en Bolivia desde 2005 y dedicada al cine, tiene más de seis décadas encima y es marca Audubon —en homenaje a John James Audubon, hijo ilegítimo de un capitán de navío francés y uno de los ornitólogos más importantes del siglo XIX—. Consiste en un rodillo rojo de abedul y una rosca de zinc que vomita gorgoritos cuando alguien la gira en torno a la madera. Y descansa en un librero color caoba oscuro, junto a un puñado de bigotes de su gato que guarda en un frasco de vidrio.

Amy lo rescató hace poco más de un año del escritorio polvoriento de su padre, Dennis, que acababa de morir por la enfermedad de Pick, una demencia de origen neurológico para la que aún no existe cura. Dennis, un tipo de estilo informal y dedos largos como los de un pianista, trabajaba como ayudante de *sheriff* en Dover-Foxcroft, un pueblito de Maine (Estados Unidos) con algunos edificios de tipo victoriano y menos de 5.000 habitantes. Vivía a 25 kilómetros de allá, en un casa enclavada en medio de la nada en la que tenía más de diez pares de botas igualitas

y un sinfín de muebles con aroma a barniz seco que se agolpaban por uno y otro lado como si formaran parte de un viejísimo museo. Y en sus ratos libres, según Amy, agarraba sus binoculares y se perdía en los bosques colindantes con un *jean* desgastado y un librito para identificar especies.

Los trinos de nuestra era son mensajes inaudibles que quedan registrados con un clic en Twitter y se olvidan fácilmente, un mecanismo de índole moderno que nos hace creer que tenemos algo interesante que decir al mundo. Para Amy, sin embargo, un trino es una voz imperecedera, un GPS invisible para ubicarse entre las huellas de otra época.

“Cada vez que veo el llamador de aves, me viene a la cabeza la imagen de mi padre”, explica. “Para mí, es la representación de todo lo bueno que él tenía. De niña, solía acompañarlo en sus paseos por el campo y recuerdo que él lo manipulaba con destreza. Hacerlo funcionar como se debe no es nada sencillo: es todo un arte”. Pero en cuanto uno aprende a manejarlo descubre decenas de sonidos enlatados que gracias a un leve golpe de muñeca se propagan por el aire como un eco ligero. “Es sorprendente”.

Martin French

El Audubon es el Mustang de los llamadores de pájaros: todo un clásico, un objeto con la apariencia de un sacacorchos que en el campo funge de cebo imprescindible para que un gorrión de alas diminutas o un colibrí de vuelo kamikaze se acerquen sin miedo. El primer dueño del que Amy sostiene en este instante entre sus manos, delgadas como las de un cadáver que lleva días abandonado, fue Martin French, un ambientalista de pelo blanco y brillante como vajilla nueva ya fallecido que era muy amigo de su padre. “Martín se lo entregó a él en los años 50”, calcula la

estadounidense. Y Dennis lo conservó en un lugar seguro, como si se tratara de un diente prehistórico de dinosaurio.

“En mi familia, siempre ha existido la tradición de no desprenderse de nada. Y yo crecí rodeada de cosas antiguas”: máquinas de coser, útiles de granja, mecedoras, lámparas a querosén, alfombras antiquísimas, álbumes con fotos blanco y negro o sepia de mininos con las colas estiradas que nos dan a entender que los retratos entrañables de mascotas que hoy están tan de moda en Internet son, en realidad, un invento del pasado.

Amy abandonó su hogar a los 18 años para cambiarlo por paisajes menos agrestes y más *fashion*. Pasó por Boston. También, por Nueva York. Vivió durante una temporada en Francia. Y lo más difícil para ella en este periplo fue seguramente acostumbrarse al mundanal ruido: a los gritos de los vendedores callejeros, a las sirenas de las patrullas policiales, a los bocinazos. “En Maine, todo era bien distinto, menos estresante. Allá, además, el sentimiento de comunidad es mucho más grande y la gente, más autosuficiente. Mi padre, por ejemplo, me enseñó a arreglar autos y motocicletas cuando era chica; y a utilizar la caja de herramientas cada vez que se nos averiaba algo”.

Otro de los artefactos que Amy se trajo de aquellas tierras —y que exhibe ahora junto a su biblioteca como si fuera porcelana fina— es un cilindro estanco de metal para evitar que los fósforos se mojen fabricado en 1900 que perteneció al tío de su abuela, un hombre robusto que tenía dolores agudos de cabeza y que decidió vivir como ermitaño porque cada vez que le caía una jaqueca encima trataba de agredir a los que tenía cerca.



El Señor de la triste mirada

Mikaela de vez en cuando revolotea cerca del Cristo y lo observa como si fuera un juguete obsoleto.

Mikaela —Mika para sus seres queridos— tiene labios carnosos, mofletes de marioneta y un año y medio de vida. Aún se tambalea cuando camina, pero ya sabe que el Señor de los Milagros no se toca, sólo se mira. El Cristo, una imagen elaborada en yeso con hilachas de sangre que le recorren el pecho, barba de profeta, melena de *hippie* y las piernas estilizadas de un maratoniano etíope, ocupa un espacio immaculado sobre un coqueto recibidor estilo *vintage* del departamento de Sumaya Prado, madre de la diminuta Mika. Y en sus casi cuatro siglos con los brazos en cruz sobre la faz de Bolivia ha conocido pestes y hambrunas, heladas y sequías, revoluciones, guerras y dictaduras.

Sumaya cuenta que llegó a manos de su familia tras un desastre de proporciones bíblicas, cuando en 1626 se desbordó la laguna de Caricari y la Villa Imperial de Potosí —un lugar exquisito y cosmopolita donde uno podía hallar con cierta facilidad bordados de Flandes, ceras chipriotas, especias malayas, sedas de China, sombreros de Francia e Inglaterra, alfombras persas, marfil indio y perfumes de Arabia— se inundó casi por completo. Eduardo Galeano escribe en *Los nacimientos* que las aguas no se detuvieron hasta que los curas salieron en procesión por la ciudad —que no estaba preparada para tan cruel castigo—, que

las construcciones “parecían cadáveres rotos”, que “las mulas arrancaron del barro a la gente partida”. Según Sumaya, el turbión dejó tras de sí un reguero de muertos; arrastró cientos de huesos que provenían de las tumbas que poblaban las catacumbas de las iglesias; y se llevó por delante santos, vírgenes y cristos.

“El nuestro apareció semienterrado en casa de mis tataratataratataratatarabuelos, que lo recuperaron casi de una sola pieza, incluida la guarda de plata. Le faltaban, al parecer, algunos de sus dedos, el cabello original, que era de pelo natural, y los clavos que lo aseguraban”, dice Sumaya. Lo que no dice es que aquel Cristo ahogado y sucio, casi invisible en mitad del fango, les pareció probablemente el más hermoso del mundo.

A pura vela

Tras la sorpresa, buscaron al dueño del crucificado de mirada triste semana tras semana, puerta por puerta, templo por templo. Como no lograron encontrarlo, se lo quedaron. Y aunque ha pasado mucho tiempo desde que emergió del lodazal como barca a la deriva, apenas ha cambiado. “Es tanto el respeto que le tenemos que ni siquiera hemos querido restaurarlo —comenta Sumaya—. Alguien, seguramente la bisabuela de mi madre, le colocó una cintas doradas a la altura de las muñecas para amarrarlo a la madera y desde entonces nadie se ha atrevido a manipularlo. Cuando lo movemos, lo hacemos siempre con cuidado. Y si hubiera un terremoto, haríamos lo imposible por mantenerlo a salvo”.

Desde su pequeño altar, el Señor de los Milagros controla varios metros de pasillo, el dormitorio principal y también, la sala de juegos de Mikaela. A su lado, hay una estampita de la Virgen de Guadalupe que la madre de Sumaya mete

a su cartera cada vez que viaja, y un plástico transparente y grueso lo protege del polvo y los bichos.

Sumaya recuerda que su abuela, un señora muy delgada de ojos verdes y 1,50 de estatura que falleció hace algunos años, lo sacaba a misa y le recitaba el rosario en una habitación a la que todos entraban “como pisando nubes, sin hacer ruido”. Su abuelo se encomendaba a él antes de los partidos de fútbol del equipo de sus amores, The Strongest, y seguramente le susurró miles de veces las alineaciones. “Mi mamá le pedía por mí cada vez que me tocaba pasar examen de química o matemáticas en el colegio. Y hasta hoy sigue convencida de que yo aprobaba a pura vela mientras ella rezaba” (risas).

Sumaya, en cambio, le habla mentalmente. “A mí no me gusta el rito de la oración memorizada y repetida y he preferido establecer un vínculo más íntimo. Yo veo al Cristo como si fuera un hermano mayor y siento que me responde y me aconseja. Se ha convertido en un oasis de tranquilidad en medio del trajín de cada día. Me reconforta cuando se muere alguien. Y cuando vuelvo del trabajo hallo muchísima paz a su lado”.

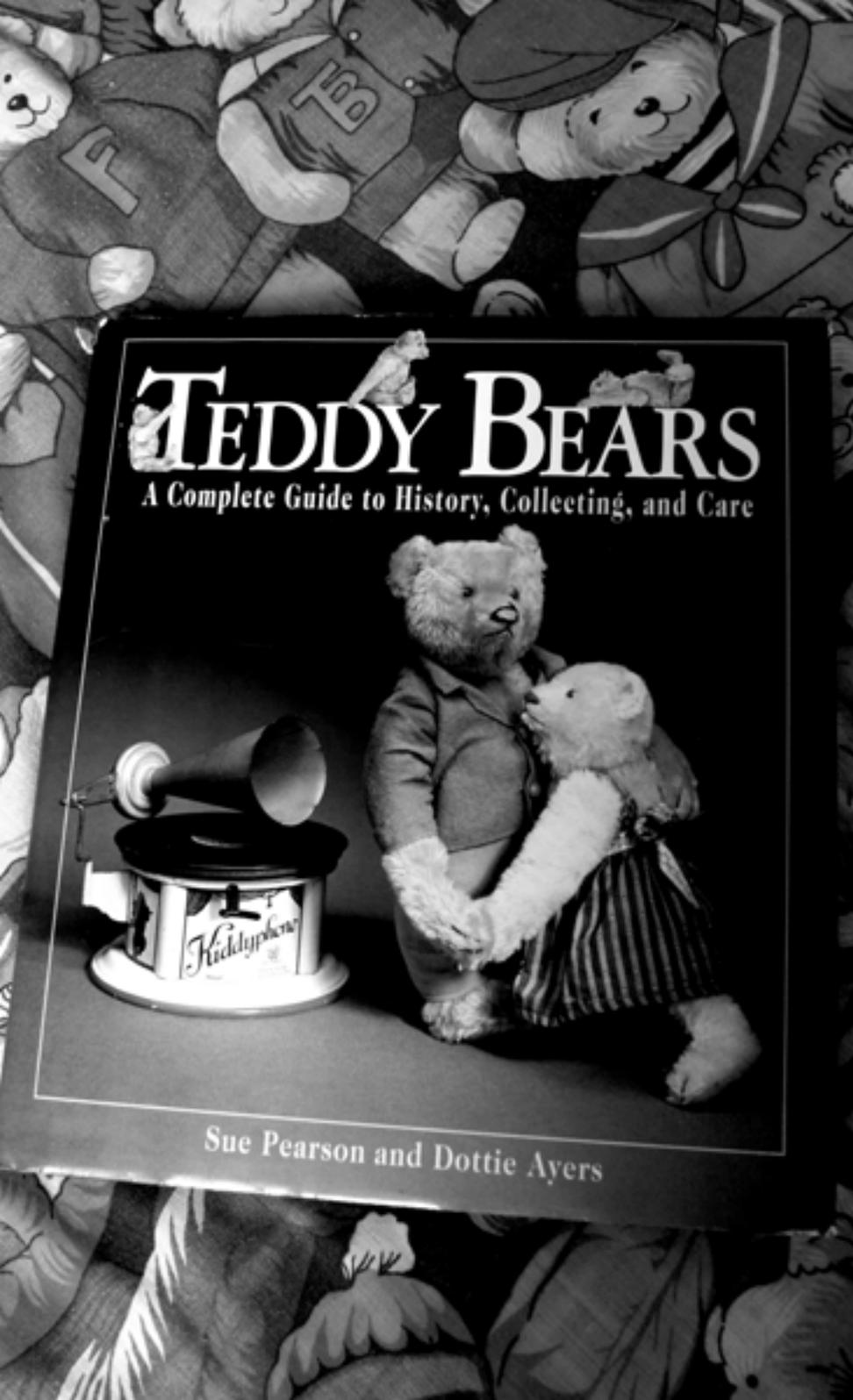
Mikaela de vez en cuando revolotea cerca suyo y lo observa como si fuera un juguete obsoleto. Cuando sea grande, Sumaya se lo dejará como legado y tendrá que custodiarlo. Pero aún falta mucho para eso y de momento se comporta ante él con cierta tibieza. Cada vez que alguien se lo acerca a la boca, le besa los pies de estuco con el pico prieto. Luego, hace gestos como de bailarín inquieto. Y no tarda mucho en volver a distraerse con otros objetos.

El increíble mundo de Geny

En su familia, casi todos coleccionan algo: su madre, vacas; su hermana, cajas de fósforos; y él, osos de felpa.

Un osito de peluche en manos de un recién nacido se convierte a veces en un arma mortífera: mal manipulado es capaz de provocar la asfixia. A los cinco años, uno mullidito del tamaño de una sandía es el compañero ideal para arrebujarse entre las sábanas durante una noche fría. A los 15, el regalo perfecto para jurarle a alguien amor eterno (mientras dure). Y a los 25, lo primero que arrinconamos en el armario cuando hacemos limpieza. A esa edad, en la que uno suele deshacerse de los viejos recuerdos, Genaro Alfonso Alurralde, más conocido como Geny, comenzó a armar su colección de osos sin haberlo planeado, cuando su hermana le obsequió uno con la tripa profanada y los intestinos de algodón afuera que adecentó después con la ayuda de una buena amiga.

Hoy, el increíble mundo de Geny es un dormitorio del tamaño de una baulera mediana en el que cada metro cuadrado es un homenaje a los *teddy bears*, esos ositos entrañables con extremidades articuladas que le deben su nombre a un expresidente: Theodore Roosevelt, quien en 1902 se negó a dispararle a uno de verdad durante una cacería amañada en Misisipi. Poco después de aquel episodio que *The Washington Post* inmortalizó en una caricatura, Morris Michtom, un comerciante judío de origen ruso y prominente calva, puso a la venta el único



juguete de felpa que ha conquistado por igual a niños y adultos de todo el planeta. Y en 1903, Margarete Steiff, una costurera atrapada en una silla de ruedas, popularizó una línea de ositos similares en el occidente europeo.

Desde entonces, estos seres de cuerpo rollizo y de patas cortas que llevan más de 100 años sin pasar de moda han protagonizado series, películas y libros; antes de llenar las pasarelas con sus vestidos delirantes, provocativos y modernos, el diseñador Jean Paul Gaultier experimentó con uno al que le colocó conos de papel periódico en los pechos; y en Seúl, donde hay cierta veneración por ellos, les han dedicado hasta un museo. Según el cronista mexicano Juan Villoro, el único con ganancias de todo Corea.

Peluches viajeros

Geny, que tiene más de 800 de estos peluches en estantes que él mismo ha improvisado con tabloncitos y cajones de madera, recuerda que en los 60 su padre pidió la mano de su madre con un osito de Alemania que reposa en una silla de mimbre como si no hubiera transcurrido el tiempo. A su lado, como si formaran parte de una familia numerosa, hay ahora apilados osos rosados, osos polares, osos de color mostaza y osos granates; osos pardo, osos panda y osos simios; osos desnudos y con disfraces; osos de narices chatas y de hocicos coquetos; osos con gorra y con sombrero; osos sonrientes y con expresión indiferente; osos con chompa y con tirantes; osos sin pedigrí y de marca. “Los más cotizados son los Ty y los Russ”, explica Geny mientras sujeta algunas etiquetas con sus dedos hinchados, de charcutero. “Sacárselas, en mi opinión, sería un sacrilegio”.

Algunos llegaron hasta acá en los 90, tras atravesar aguas rebeldes y turbulentas. Al menos 300 los adquirió en tiendas especializadas cuando vivía en Nueva York y los

envió a La Paz en un barco de carga que los entregó —en algún país limítrofe con acceso al mar— a una empresa de correos. “Tardaron dos meses en completar el viaje. Casi me muero”. Tuvieron suerte. Por esas mismas fechas, durante una tormenta, un portacontenedores parecido dejó caer un *container* al Pacífico con 28.800 muñecos de goma: tortugas azules, castores rojos, ranitas verdes, patitos amarillos (el periodista estadounidense Donovan Hohn llamó *Moby-Duck* al libro en el que narra la “tragedia”).

Entre las piezas emblemáticas del cuarto de Geny, hay una foto enmarcada con un *teddy bear* muy elegante que viste un traje de Ralph Lauren; también, ositos de mazapán pequeños a los que prefirió no hincarles el diente, un dispensador de jabón con un osito dentro y un oso de cera; ositos populares, como Winnie the Pooh o los *country bears*; “y otros que tenían las costuras abiertas o a los que les faltaba relleno y que mi madre, poco a poco, ha ido recomponiendo”. Geny suele utilizar algunos para armar la decoración de Navidad —uno de ellos está hecho con falso pino noruego—. Les quita el polvo a todos en sus ratos libres. Comenta que no suele sacarlos de su habitación para no perderlos. Y confiesa que jamás se compró “cariñositos”. “Nunca fui su fan” (se ríe).

Sobre los pies de su camastro, un mensaje enganchado con un imperdible a la cortina nos recuerda por qué se muestra tan entusiasta con el resto: “Ojalá algún día fuera un *teddy bear*: a todos les gustan, valen más cuando envejecen y a nadie le importa lo gordos que están”, lee en voz alta. Y luego mira a los ositos con gesto pícaro.



Pastillas de colores, dolores amarillos

La pregabalina, según Urrelo, produce somnolencia, un mareo ligero al caminar y euforia pasajera.

Para subir los tres niveles de escaleras que hay hasta su casa, Wilmer Urrelo, escritor, amante de la lucha libre y de los libros con olor a pergamino viejo, tiene que hacer todos los días un esfuerzo extra: extraordinario. Lo mismo para planchar una polera, prepararse una infusión o barrer el suelo. Las rutinas lo machacan, lo atraviesan como un par de agujas para coser recién afiladas: puntada tras puntada, punzada tras punzada.

“El dolor es amarillo”, anotó Urrelo en una libreta roja que guardaba en un bolsillo de su pantalón durante el rodaje de una película en la que trabajó recientemente. Poco después, lo describiría en una crónica como un río de lava que circulaba por sus piernas, como una corriente continua que lo destrozaba 24 horas al día, como un hacha cortándolo por la mitad, como un carro que lo atropellaba de repente, como una mierda.

Urrelo, autor de *Fantasma asesino* y *Hablar con los perros*, es víctima de una paradoja. Su organismo se confunde: se cree enfermo y lanza anticuerpos que dañan sus conexiones nerviosas como si se tratara de bombas de racimo en una guerra sin cuartel y sin reglas. “Lo que tú tienes es una desmielinización —le comentó un especialista—. La mielina es como el aislante que envuelve los cables eléctricos, ¿te das cuenta?, y cuando no existe o comienza

a desaparecer se produce un cortocircuito”. El origen de su enfermedad es incierto: posiblemente, genético. Con el tiempo, podría derivar en una esclerosis múltiple o en una pérdida de movilidad evidente. Y, por el momento, el único cuidado paliativo medianamente efectivo son sus cócteles punk-rock de medicamentos.

Gen maquiavélico

A sus 38 años, Wilmer, cabello rapado casi al cero, lentes gruesos, casi telescópicos, con los que pareciera observar siempre de lejos, tiene un historial clínico más propio de un viejo achacoso que de un tipo que no ha abandonado aún las fachas de adolescente: en su época de universitario, bailó sobre la tumba de un militar en un cementerio y al querer bajar de allí se hizo un esguince en tercer grado que le dejó secuelas en el tobillo derecho; a finales de 2010, cuando terminó su última novela, una peritonitis aguda casi lo mata (mientras ocupaba la misma cama de hospital en la que había fallecido tres años y pico antes Víctor Hugo Viscarra, el Bukowski de las letras bolivianas); poco después, le diagnosticaron una prostatitis erróneamente y se medicó durante semanas para acabar con aquel mal inexistente; y luego llegaron las tomografías, los análisis de sangre, la electromiografía y otras pruebas que confirmaron la nueva afección que le aqueja desde hace algunos meses, según Urrelo debido a un gen maquiavélico de un antepasado suyo que prefirió “saltar” varias generaciones antes de cebarse con él y sus confiados nervios.

Hace poco más de un año, Wilmer le dijo a un periodista que soñaba con ser el Anticristo. Jamás imaginó (seguramente) que un día se sentiría como si una termita lo carcomiera por dentro, como si el Diablo bajara por su médula espinal, desde el cerebro. Jamás imaginó (seguramente) que gastaría los 8.000 euros del premio

Anna Seghers, que ganó por *Hablar con los perros*, en estudios clínicos y fármacos de colores serenos.

En su caso, una pastilla es un compuesto efímero y perenne, que desaparece para volver a aparecer de nuevo, como los conejos despistados o las palomas adiestradas durante un acto de magia. Wilmer toma una de pregabalina cada vez que el dolor se vuelve insoportable; 60 gotas diarias de tramadol, un analgésico que suelen emplear los enfermos de cáncer; y de vez en cuando, paracetamol e ibuprofeno; carbamazepina para las migrañas; Gastrozac cuando una gaseosa le cae como un tiro en el estómago y se lo revuelve; y ansiolíticos para conciliar el sueño. Los barbitúricos los guarda en un envase plástico con la forma de una niña que antes escupía dulces manufacturados en China. Y el *pack* completo, en un *tupper* de cubierta verde que ha personalizado con el *sticker* de la célebre manzana mordida de Macintosh (y que lo invita a pecar desde que amanece).

Frida Kahlo, una de las artistas que mejor comprendió lo que es el sufrimiento, decía: “intenté ahogar mis dolores, pero (los cabrones) aprendieron a nadar”. Wilmer los remoja en química moderna, y sigue aún en el proceso de aprender a convivir con ellos.

La pregabalina, dice, le causa somnolencia, mareo al caminar, euforia pasajera. “Hasta alucinaciones he sufrido, tal vez por culpa de tantas cosas que me he metido”. En una ocasión, creí ver a dos niñitos muertos saludándome desde la ventana, uno de ellos con la cabeza abierta”. Aquella escena —¿imaginaria?— la reflejó después en un texto que tituló “Niños corriendo en el piso de arriba”. “En aquel cuento, aparezco por primera vez con mi bastón”, recuerda ahora. Luego, me comenta que ya se acostumbró también a esa extremidad desplegable de aluminio que lo ayuda en los paseos. Y me vuelve a repetir, con sus palabras, lo difícil que es sentirse huésped de su propio cuerpo.



Los #saxosperdidos nunca vuelven

Antes de cada actuación, Américo sale de su casa con el pie derecho y se santigua tres veces seguidas.

Antes de cada nueva actuación, Américo Estévez, el Rey de las Baquetas, el Amigo de los Niños, Saxoman, sale de su casa con el pie derecho. A continuación, se santigua tres veces seguidas. Y a veces se arregla el pelo con un peine que suele esconder en alguno de sus bolsillos. Esta rutina se ha convertido en su tic particular de artista para atraer la buena suerte. Y no ha cambiado mucho en los más de 20 años que lleva sobreviviendo en las calles de La Paz como músico ambulante. Pero no siempre es efectiva: Todavía hay días en que se levanta con la pata mala, en que todo es un desastre, en que alguno de sus saxos se pierde. Y los #saxosperdidos, él lo sabe mejor que nadie, nunca vuelven.

El primer saxo que Américo adquirió era un Selmer dorado valorado en 2.000 dólares que consiguió por 500; y que desapareció en una universidad en la que lo habían contratado, cuando unos tipos de terno y de corbata que se hicieron pasar por miembros de una agrupación inexistente lo alzaron y se lo llevaron. Américo lo tomó con buen humor. “Hasta los ladrones me reconocen. Por eso me lo robaron”, solía bromear por aquel entonces. Alquiló durante meses uno a un amigo militar para seguir trabajando. Y soñaba con recuperar el Selmer en algún bazar, pero los #saxosperdidos nunca vuelven.

La primera batería que tuvo Américo era de mentira: estaba hecha con botes de pintura Monopol y latitas de cera Tigre. Luego, llegó la de verdad, regalo de su abuela, quien hace cuatro años me confesó que tuvo que llevarle 11 veces al cine a ver una de Van Damme —*Lionheart*— para que aprendiera a defenderse. Pero lo que le cambió la vida fue el Selmer que se esfumó. “Dulce y sensual”, recuerda. Un digno ejemplar de aquel instrumento con curvas de mujer fatal que Adolphe Sax patentó en 1846 y que Américo prefirió olvidar durante un tiempo. Porque los #saxosperdidos nunca vuelven.

El “concierto del siglo”

En *La leyenda de 1900*, una inolvidable cinta de Giuseppe Tornatore, el pianista Danny Boodmann T.D. Lemon Nineteen Hundred se niega a descender del buque de pasajeros en el que nació por miedo a que la inspiración lo abandone, a extraviarse en el teclado infinito de todo un continente. “¿La tierra? La tierra es un barco demasiado grande, una mujer demasiado hermosa, un viaje demasiado largo, un perfume demasiado fuerte. Es una música que no sé tocar”, recita en la película. Boodmann creía que sin un océano debajo, en constante balanceo, las melodías que inventaba desaparecerían para siempre.

Seguramente, Américo pensó lo mismo hace cinco meses, cuando volvió a extraviar uno de sus elegantes saxos brillantes. Esta vez, en un minibús de transporte público. Esta vez, uno soprano con forma de flauta y botones plomo marca Lafayette, parecido al que utiliza Kenny G, el protagonista de los videos con los que aprendió a tocar de chico. Su mujer lo olvidó en uno de los asientos delanteros de la miniván. Y los #saxosperdidos nunca vuelven. “Aquel día, me sentí como si me hubieran arrancado la voz”, dice ahora Saxoman, carraspeando, afónico por culpa de un resfrío mal curado.

Para Américo, que en su casa tiene un piano robusto, un teclado portátil y varias guitarras, el saxo siempre fue un objeto único. “Su sonido sale de acá y de aquí —me explica mientras se golpea el pecho tras realizar un rápido movimiento circular con su dedo índice a la altura del diafragma—. Es como un tubo invisible que se conecta directamente con algo muy dentro de ti. Cuando lo tocas con pasión, tu aliento sale con alma y mucho corazón. Te manifiestas. Y todo se vuelve muy sentimental, muy íntimo”.

En 1953, Charlie Parker, considerado el mejor saxofonista de jazz de la historia, aterrizó en Toronto en su peor momento y sin su saxofón: lo había empeñado en algún local de Nueva York para pagarse una dosis de heroína —los #saxosperdidos nunca vuelven— y tuvo que recurrir a una tienda canadiense para que le prestaran uno. El que le dejaron era de plástico y se veía como un juguete inservible. Parker iba a presentarse con un póquer de ases —Dizzy Gillespie, Max Roach, Bud Powell y Charles Mingus— y aquel cachivache de color blanco que le dieron amenazaba con avergonzarlo. Pero en aquella velada inolvidable, que la prensa bautizaría luego como el “concierto del siglo”, Charlie Parker humilló a Gillespie; y recuperó las buenas sensaciones que se habían ido.

Hoy, el saxo que maneja Saxoman en sus escapadas es barato y frágil, como aquel de Parker por el que nadie daba un peso. “Chinito”, aclara. Manejable y ligero como un guante. Además, compró otro desvencijado a la esposa de un intérprete difunto y lo ha conseguido restaurar después de meses. Cuando lo manipula, le sale un pequeño callo en una de las manos; la lengüeta mastica sus encías; y nada más parece importarle.